

SECCION DOCTRINAL

A continuacion verán nuestros lectores el muy notable discurso pronunciado en la Academia de ciencias morales y políticas por el Sr. marqués de Molins en la recepcion del socio Sr. D. José Lorenzo Figueroa, bello é importante trabajo, que ha sido traducido en el extranjero, y del cual se agotaron en breves dias cuantos ejemplares se imprimieron para dicha solemnidad científica.

PROBLEMAS SOCIALES

El catolicismo da solucion á problemas, que el socialismo plantea, y que no solventa, ó los resuelve de una manera fatal y contraria al derecho, á la propiedad, á la familia y á la autoridad.

CONTESTACION AL SEÑOR FIGUEROA

No hay cosa mas vulgar ni frase mas repetida que la del *terreno de la ciencia, el vasto campo del saber humano* ¿Es, pues, esta una cuestion de labranza? Muchos hay que no se contentan con tan poco, y pretenden que no se trate de *cultivo* sino de *culto*, y tienen la inteligencia humana por una especie de religion; otros en fin, quieren que

mas bien que sembrados y altares mantenga, guerras y haga conquistas la razon y la elocuencia, y equiparan la ciencia á la milicia.

En todo caso es motivo de júbilo y suceso fausto la presentacion de un nuevo adepto, que como el Sr. D. José Lorenzo Figueroa, viene con buena disposicion, con vocacion verdadera, con mérito probado y caudal adquirido en los tiempos pasados, con buen ánimo y á un lisongeras esperanzas para los venideros.

Si, Señor Académico, seais bien venido: por mi debil voz os lo dice esta respetable asamblea, tan contenta de contaros por socio como desdichada en tenerme por intérprete.

En verdad; si la ciencia es campo en que han sembrado tantas generaciones, bien puede aplicársele el sagrado axioma de que *la mies es mucha y pocos los operarios* (San Mateo IX, 37).

Si es un culto que cuenta como ministros á los guardadores de la verdad; como fieles á los que la creen, la reverencian y estudian; y como herejes á los que defiendan la paradoja ó el sofisma; si esto es la ciencia, bien venido sereis á aumentar su culto con vuestros escritos, á atraer neófitos con vuestra predicacion y vuestro ejemplo; y á confutar adversarios con vuestra razon sana y vuestra potente lógica, de que tan clara muestra acabais de hacer.

Si, en fin, es una milicia (y esto pienso mas bien en los tiempos presentes) sabed que es dura y difícil, porque hoy, relajada la antigua subordinacion, aquella de *verba magistri*, la defensa es mas ardua y el ataque mas penoso. Milicia es esta que ha de guardar como en ciudadela *lo verdadero, lo bello, lo justo*: que ha de adelantar diariamente sus conquistas por el árido y erizado campo de la ignorancia; y que ha de repeler cada minuto las acometidas y asaltos que por la brecha de la duda le da el error con mil

armas envenenadas y explosivas. Envenenadas llamo á aquellas que como el *ridículo*, de tal modo alcanzan al combatiente que, apenas se juzga levemente herido, cuando está en realidad mortalmente vulnerado; y explosivas otras, que socavando los cimientos ó cayendo sobre la clave del edificio social, estallan luego en malas pasiones, convirtiendo en leves escombros la fábrica que juzgamos indestructible.

Si algo de esto es hoy la profesion de las ciencias morales y políticas, labranza y culto y combate: ó si por mejor decir, de todos tres caractéres participa, el que las profundiza ó las estudia, habrá de parecerse á nuestros antiguos cruzados, que eran á la vez sacerdotes y guerreros y labradores, y que poniendo mano unas veces al arado, otras al incensario, otras á la espada, labraban, oraban, combatian, sobre todo combatian con la cruz visible sobre su corazon y enhiesta en sus estandartes.

A esto tambien me parece que tiene más inclinacion el ánimo erterero y la robusta erudicion del Sr. Figueroa: por eso en los primeros años de su vida pública, cuando empleaba sus fuerzas en la prensa, en los periódicos *El Parlamento*, *El Tiempo* y más adelante en *La Epoca*, más se inclinaba á la lucha que á la apología; cuando, hombre ya formado, vistió la toga y subió á los escaños del foro, consagró sus fuerzas al ministerio público, y en las Córtes, y en los tribunales y en las secretarías del despacho. su accion más ha sido un esfuerzo en defensa de principios prácticos, que una especulacion en busca de teorías halagüeñas.

Pues en tiempos recientes, elevado á uno de los más altos puestos de la administracion de Justicia (1); en sitio en que el bien y el mal obrar se manifiestan aritméticamente, y en que las conciencias rectas ó extraviadas

(1) El Tribunal Mayor de Cuentas, de que el Sr. Figueroa era Ministro.

se revelan con sumas ó restas; aún allí el Sr. Figueroa ha hallado medio de dilucidar y discutir grandes principios y de combatir trascendentales teorías, en un libro (1), por vosotros y por el público acogido con igual favor. En fin, no sé cómo habrá sonado en vuestros oídos el discurso que acaba de leerse; de mí sé decir que no tanto me ha parecido una lección de cultivo intelectual, ó un panegírico de la filosofía, como un plan de campaña, ó más todavía, una batalla ya bizarramente reñida contra adversarios poderosos.

Por mi parte, sin armas para acompañar al nuevo adalid en la refriega, sin competencia para juzgar de la victoria, tengo que limitarme al papel que los cronistas y los sacerdotes representan en los ejércitos: prodigar el consuelo del justo elogio al enemigo que sucumbe heroicamente, poner en claro algún hecho importante y no bien manifiesto, examinar cuál es el temple y calidad de las armas que procuran la victoria, y preguntar al triunfador en cuál altura ó qué fortaleza descansarán los reales por la noche.

La sociedad es una bella y proporcionada ciudad, capaz y espaciosa en el interior, fortificada en su recinto, sólida en sus edificios, inexpugnable en sus muros; pero al cabo no perfecta, porque es humana. No está tan guardada que no sea atacada una y otra vez á deshora por el individualismo orgulloso; no está tan cerrada que algún descontento ciudadano no quiera armarse y salir á la conquista de otra ciudad mejor; no es tan bueno y recto y bello su trazado, que no pretenda mejorarla algún arquitecto optimista, algún ingeniero descontentadizo. El primero que en tal empresa fué vencido, fué Platon, el fundador de la Academia de Atenas; y cierto que si inteligencia humana hubiera podido dar solución á tan gran problema,

(1) Sobre la Libertad de Pensar, obra del mismo Académico.

sería la del discípulo de Sócrates. Vedlo, señores, en medio de aquella theogonía absurda en que se reconocían tantos dioses como vicios, en que la divinidad, más bien que el estudio de los sabios, era el modelo de los disolutos; vedlo, digo, reconocer la unidad de Dios, y, fija en él su pura mirada descubrir algunos de sus principales atributos. «Dios para Platon, (dice nuestro Balmes) es el ser infinito, así en el orden *ideal*, como en el *real*; allí está la fuente no sólo de la realidad, sino de la posibilidad. Nada existiría, nada sería inteligible, nada posible, sino existiera; en él sólo reside y de él mana lo verdadero, lo bueno, lo bello...»

Decidme, señores, ¿no os parece como si oyeseis prelu- diar aquellas divinas palabras que decían en la última cena: *ego sum via et veritas et vita?* (San Juan XIV, 6).

Pues aún hizo más el gran fundador de la escuela Aca- démica. Sócrates, su maestro, adelantando ya mucho, ha- bia hecho descansar *la moral* en el principio del deber, en el cumplimiento de la ley; Platon dá un paso más, y, su- poniendo la moral hija del amor divino, la hace consistir en la tendencia hacia la perfeccion, que es el bien supre- mo. Las teorías morales de Platon, (dice nuestro gran pen- sador contemporáneo, Balmes, historia de la filosofía), son sublimes: basta decir que hace consistir la virtud en la imitacion de Dios. No otra cosa manda el Evangelio: *Es- tote perfecti sicut Pater vester caelestis perfectus est* (San Mateo, V, 48). Distingue además el ateniense dos especies de bienes, unos *humanos* y otros *divinos*, aquellos pasa- jeros, caducos, falaces, relativos, dependientes de los sen- tidos: estos permanentes, necesarios, absolutos, que es- tán en sitio, *quo fur non appropriat neque timea corrumpit*. (San Lucas, XII, 33). Decidme, os vuelvo á preguntar, ¿ha- beis visto alguna inteligencia meramente humana, es decir, sostenida sólo en alas de la razon, que se eleve más alto? ¿No columbrais ya, señores, bien que entre el humo de la tierra, que todavía llega á aquella altura, clarear el sol de

la caridad? ¿No distinguís aquel *mucho amar* que había de servir luego para *perdonar mucho*? (San Lucas, VII, 47). Por eso aún las personas ménos dadas al estudio de la filosofía, llaman hoy, al cabo de 24 siglos *amor platónico* á aquel que consiste en amarse recíproca y espiritualmente en la belleza eterna, en Dios, prototipo de lo bello; no en la forma inferior, fundada en los sentidos y mancillada en carnal apetito.

Con razon se le dió á Platon por el mundo antiguo el dictado de *divino*, con sobrado motivo el príncipe de los oradores latinos decia que «si los dioses quisieran hablar el lenguaje de los hombres, empleárian el de Platon.»

En cuanto al fondo de sus doctrinas, el fallo de la conciencia universal ha sido muy diverso: su filosofía, áun hoy, tras tantos siglos, progresos y vicisitudes, es tenida en veneracion: su política, por el contrario, ni siquiera pudo ponerse en práctica por las ciudades que humildemente le habian demandado una ley fundamental.

Y la razon para nosotros parece clara; su filosofía es ya como un crepúsculo, vago y confuso, si se quiere, pero al cabo precursor del sol de verdad, que habia de aparecer al mundo: por el contrario, su política no es más que el reflejo caliginoso de la corrompida república en que vivia.

Tal es, señores, el primer combatiente, el cuasi divino atleta que ha sucumbido ántes que nadie, segun el señor Figueroa, al querer resolver el pavoroso enigma de la implacable esfinge social. Consiste esto en que ha acometido una empresa superior á la fuerza de cualquier mortal, por sabio, por virtuoso, por grande que sea. Nadie puede añadir una sola pulgada á su humana estatura, sino es el creador de la humanidad. No hay quien alcance á desviar una sola línea el trazado de los cimientos sociales, sino el soberano arquitecto de la sociedad.

Pero no se crea que el Sr. Figueroa ha estado cruel ó poco generoso con el gigante caido; hubiese podido, co-

piando sencillamente un libro que anda en manos de todo el mundo, dejarle desarmado: y no lo ha hecho.

«Donde quiera que suceda (dice Platon en el libro V de las Leyes) ó deba suceder un día que sean comunes las mujeres, los hijos, los bienes, empleándose todo el cuidado posible, á fin de que desaparezca del trato de los hombres hasta la palabra propiedad, de modo que lleguen á ser comunes, en cuanto sea dable, áun las cosas que la naturaleza ha concedido al hombre en propiedad, como los ojos, los oídos, las manos, hasta el punto que todos los ciudadanos crean obrar, oír, ver, en comun; y aprueben ó censuren todos unas mismas cosas, y sus penas ó placeres tengan unos mismos objetos; en una palabra, donde quiera que las leyes se propongan hacer el Estado perfectamente *uno*, allí hay el colmo de la virtud política; y las leyes no pueden tener direccion mejor.» Al leer esto no podemos ménos de decir: que ese estado perfectamente *uno*, recuerda el divino precepto *ut omnis unum sint*, (San Juan XVII, 21), y pertenece á aquel *espíritu de verdad que no puede recibir el mundo*, (San Juan XIV, 17), que no es por consiguiente aquí bajo adsequible; y humillándonos ante la *ignorante sabiduría* del filósofo ateniense, nos atravesemos á creer que, al hablar así, (como el discípulo del Tabor) no sabia lo que decia: *Non enim sciebat quid diceret*, (San Márcos IX, 5).

Y así es verdad, la humana razon puede entrever la esencia divina, y prendarse de ella de tal modo que en su honor beba la cicuta; pero no es poderosa á alterar por sí sola las leyes sociales que de Dios emanan.

Platon tiene, sin embargo, perdónese me lo irrespetuoso de la frase, disculpa.

Hace, es verdad, del lazo conyugal una especie de anual lotería... pero no habia oido aún decir: *Quod Deus conjunxit homo non separet* (San Mateo XIX, 6). Descendiente de Cadmo, orgulloso ciudadano de Atenas, juzga la

esclavitud una ley de la naturaleza, una necesidad de la sociedad; pero no habia aún aprendido, (ni siquiera con el estudio de los libros hebreos que tanto se ve reflejado en sus obras) que es mayor el que sirve que el que se deja servir (San Lucas XXII, 26); que el humilde será exaltado y humillado el soberbio (San Mateo XXIII, 12); que los hombres todos, absolutamente todos, son hermanos (San Mateo XXIII, 8); y que es necesario para poseer el reino sin fin hacerse como niño (San Mateo XVIII, 3), y ser siervo de todos (San Mateo XX, 26 y 27). Platon, en fin, segun la bella fórmula del nuevo Académico, *miétras cree que no se puede libertar al esclavo, considera que la humanidad puede prescindir de la madre*. ¡Ah! es que todavía en el Areópago de Atenas no se habia siquiera aludido á aquel *Deo ignoto*, el cual habia de morir en el suplicio de los esclavos, legando desde lo alto del patíbulo á la humanidad entera su propia madre.

Tanto es así, tanto cambió el mundo su faz al advenimiento del cristianismo, que algunos socialistas modernos se han extremado en el lado contrario, y han querido ver en el Evangelio el origen y fundamento de su doctrina. El Sr. Figueroa no refuta este absurdo, hace más, lo desdena, y tiene razon: permítame, sin embargo, alguna escursión en este terreno en donde la lucha ha sido recia, y presumo que no está acabada todavía.

Entre los muchos autores que han seguido este camino, uno se distingue principalmente, ya porque pertenecia al clero católico, ya porque habia brillado en obras de sumo ingenio y sana doctrina, bien que extremada en sus consecuencias. Lamennais, despues de haber combátido el indiferentismo religioso, de haber repelido crudamente toda tendencia novadora y antisocial, despues de haber defendido el derecho divino, la esclavitud y la inquisición, se convierte en demagogo y en apóstol del socialismo. El libro en que por primera vez *cantó*, más que discutió, es-

tas doctrinas, produjo profundísima impresion. Hablando de él dos ingenios, con cuya amistad me honraba, decían, uno que era *El Apocaiipsis del Diablo*; otro replicaba que no llegaba á tanto, ni aun pasaba de ser *Un comentario del Evangelio, hecho por Marat*. Cito estos dichos, porque en mi entender no solo definen el libro de Lamennais sino toda su escuela.

Se necesita, en efecto, estar inspirado por el Espíritu del error, ó enfurecido por la locura demagógica, para ver en el Evangelio el fundamento, ni la disculpa, ni el pretesto siquiera de doctrinas socialistas. De mí sé decir, que abriendo al acaso el sagrado libro he hallado donde quiera máximas en defensa de la propiedad, de la familia y de la autoridad. Aquí leo *digno es el jornalero de su jornal* (San Lucas X, 7) y el *obrero de su alimento* (San Mateo X, 10); allá veo al padre de familia distribuir á su arbitrio el salario (San Mateo XX), sancionando de este modo las relaciones hoy tan soliviantadas entre el capitalista y el bracero. En otra parte el Precursor dice á los soldados que *no opriman á nadie y vivan contentos con sus sueldos* (San Lucas III, 14), condenando á la vez la tiranía y la ambicion militar. Luego considero al Hijo del Hombre viviendo de limosna (San Lucas VIII, 3), es decir, en un estado en que continua y doblemente se sanciona la propiedad por aquel que pide y por aquel que dá.

El pasaje mismo en que más se apoyan algunos para declamar contra la propiedad y contra la desigualdad de caudales, es un público testimonio de lo contrario. Oídlo.

Un jóven muy rico preguntó á Jesús en cierta ocasion (San Márcos X, 17) «Maestro bueno, qué haré yo para conseguir la vida eterna? Y díjole Jesús. Bien sabes los mandamientos. No hagas adulterio. No mates. No hurtes, etc. Oígame bien *No hurtes*. Pero el jóven le respondió: «Maestro todo esto he guardado desde mi juventud. Y Jesús, poniendo en él los ojos, le mostró cariño y díjole (San

»Mateo XIX, 21.) Si quieres ser perfecto ve, *vende cuanto tienes y dlo á los pobres, etc.*

Vende le dice, es decir, ejercita el derecho de propiedad, transmitelo á otro. No le dice *reparte*, ni *abandona* sino *vende*, y *dlo* á los pobres, es decir, otro uso soberano de propiedad, *darla* ; Como pueden, pues, fundarse los socialistas en el Evangelio para atacar la propiedad? Luego añade Jesús: *Con cuanta dificultad entran en el Reino de Dios los que tienen las riquezas.* Y aquí hacen fuego los niveladores contra la desigualdad de caudales.

En efecto los discípulos (ni más ni menos que otros ahora) se asombraron de aquellas palabras. Mas *Jesús respondióles otra vez diciendo.* «*Hijos míos; Cudn difícil cosa es entrar en el Reino de Dios los que CONFÍAN en las riquezas* (San Marcos X, 24.) Es decir, que así como la pobreza *material* no es título bastante para ganar el Reino de los Cielos, sino la *pobreza de espíritu*, así tampoco es obstáculo la riqueza material sino la *confianza* en la riqueza: el esclusivo y egoísta amor de ella que hace al hombre poner su corazón donde pone su tesoro (San Lucas XII, 34.)

¿Y qué diré de los que quieren en las máximas evangélicas hallar una derogación ó una atenuación de la ley de la familia?

¿En qué libro; áun literariamente considerado, hay cuadro doméstico más bello, más interesante, más tierno, más *simpático* (como ahora se dice) que el de la casa de Betania, donde se hospedaba Jesús?

Aquella actividad de la hacendosa Marta, cuidando de todo; aquel arrobamiento de la estática María, sentada á los pies del divino huésped; la recíproca emulación de ambas en servirle, la fiel amistad de Lázaro, la confianza de sus hermanas, la cortés solicitud de los vecinos y conocidos que acuden al duelo; el llanto del Maestro al ver ya cerrado el sepulcro de su amigo; el dicho de los circuns-

tantes: «¡Mirad como le amaba!» No hablo, señores, del portentoso que va á seguirse y que todos sabeis. ¿Pero esta narracion sola, áun aquí truncada, no es un *portento* de ternura doméstica? una *portentosa* apología del *hogar* y de la *familia*, aun allí donde no hay ni padre ni madre ni esposa?

¿Cómo el hijo de Dios, que pudiendo aparecer en el mundo por sí *solo*, como equivocadamente le aguardaban los judios, elige una familia á que pertenecer y nace hijo de María; el Mesias, que divide su vida mortal de treinta y tres años en dos períodos, los tres para la predicacion pública de su doctrina, y los treinta para la práctica doméstica de su obediencia filial, tres años para evangelizar al mundo, transitando por él, haciendo bien y sanando á todos, (Actos Apos. X, 38) y treinta para santificar el hogar de sus padres, estándoles sujeto (San Lucas II, 51), este divino hijo del artesano, será el fundador del sistema audaz y desnaturalizado, que se arroja á conmovier en un dia la sociedad; y principia por disolver la familia?

¿Cómo, repito, el Maestro, que interrogado maliciosamente sobre la obediencia á la organizacion política existente, toma la moneda y manda *dar al César lo que es del César* (San Mateo XXII, 21), ¡y á qué César, señores, á Tiberio! será el que aliente á los que quieren negar toda autoridad, y santificar toda rebeldía?

No; señores; El expresamente lo ha dicho. «No vine á disolver la ley, sino á cumplirla». *Non veni solvere legem sed adimplere.* (San Mateo V, 17).

No mil veces; se cansan en vano los socialistas buscando en el sermón de la montaña el apoyo de sus doctrinas; allí no está otra cosa que su reprobacion. Es vano intento hallar en el Hijo de María la disculpa de los utopistas... en aquella humana y divina persona todos tenemos modelo que imitar; todos hasta los reos condenados al último suplicio; todos, en fin, ménos los orgullosos y re-

beldes, porque fué *obediente* hasta la muerte, y muerte de cruz.

Así, pues, los que dicen que del Evangelio se deduce la negación de la propiedad, la disolución de la familia, la protesta contra la autoridad, tengo para mí que no lo han leído, ni siquiera como se lee una historia ó una novela; de otro modo, es absurdo buscar en él los principios socialistas. Así lo ha dicho con verdad nuestro nuevo compañero; lo que allí existe son las razones con que se ha de combatir este antiguo enemigo, no solo del mundo cristiano sino del mundo moral; y aun por eso, cumpliendo con mi propósito, me he detenido algo más para examinar á la ligera el temple de las armas que nos darán siempre la victoria.

No solo la conciencia humana primero, y luego la luz evangélica han vencido á los utopistas, como diría nuestro Donoso, á la parte allá y á la parte acá de la cruz, sino que la historia demuestra, segun ha concluido con elocuencia el Sr. Figueroa *que ninguna influencia ejerce el socialismo en las grandes transformaciones de la humanidad, ni en el progreso, la mejora y la perfeccion de las sociedades.*

Pero hay más todavía: esa misma experiencia histórica acredita que á medida que los principios socialistas se infiltran en las sociedades políticas, su fuerza se enerva, decae, desaparece. La familia se aniquila en la corrupción ó la esclavitud, el estado y la autoridad se convierten en anarquía ó despotismo. Quitad á la mujer, por ejemplo, el imperio sobre sí misma, la participacion en la soberanía del hogar; y luego aparecerá el Budismo y el Mahometismo con sus humillantes consecuencias. Rebajad á la propiedad alguno de sus atributos; y no tardará el más fuerte en llamarse señor de toda ella, de la material y de la moral, del patrimonio y de la conciencia. Ni se diga que este fenómeno es debido á la influencia de las antiguas creencias,

que el cimiento ya socabado de las sociedades viejas no sirve para levantar edificios nuevos.

No, no es esto; yo sé quien ha tomado una tierra virgen y fecunda á la vez, donde ninguna tradicion antigua se conservaba, donde ni la aurora, ni el crepúsculo de la cruz habian penetrado, que ningun pueblo viejo habia poseido ni era codiciada por ninguna nacion nueva.

En buen hora llegaron allá hombres nuevos acompañados de utopistas, resueltos, desembarazados de toda tradicion, de toda doctrina, de todo temor.

El terreno está libre: trazad los cimientos de una nueva ciudad. El país está desierto: promulgad las nuevas leyes. Ningun dogma se ha predicado nunca: definid el vuestro. ¡Salud, nuevos fundadores de la religion y de la república; salud, colonos, legisladores, pontífices!!

Pero no basta esto: el nuevo grupo socialista no ha emigrado del viejo hogar ni del antiguo mundo sin patrimonio: no, ha llevado consigo lo que creia útil, ha tomado la teocracia egipcia, y el patriarcado hebreo; la poligamia de Arabia, las cartas sacerdotales de la India; se ha llevado libros enteros, héroes, hasta ángeles de la biblia; ha halagado los placeres como el Koran, ha creado pontífices y jueces como en la antigua ley; apóstoles como en la nueva; Obispos, clero é Iglesia, como en Roma; Lords maires y cherifes, como en Lóndres. El Corregidor es á la vez General y Pontífice: se pagan diezmos como entre los antiguos católicos; la poligamia se practica en mayor escala que entre mahometanos. Llamen á su ciudad, en fin, la *nueva Jerusalén*; á su hacienda, *El Tesoro del Señor*; á sus soldados, *la tribu de Dam*. Pero, Señores, con todos esos despojos del mundo antiguo, y con toda esa feracidad y esa libertad del nuevo, ¿qué se ha logrado? Fundar una ciudad y una república, el estado de Huda y la nacion de los Mormones, la cual segun un Diputado demócrata decia al Congreso Anglo-americano, podria envidiar la razon á

un manicomio y la moralidad á Pentápolis. ¡Magnífico resultado! Pero no habia para qué atravesar el Atlántico y subir las corrientes del Mississipi, para presenciar orgias semejantes á aquellas con que Juan de Leyden manchó la Alemania. No habia para qué apellidar *tierra de promision* la orilla del Lago Salado, donde se edifique una ciudad, con el trazado que cubrieron para siempre muchos siglos hace las vengadoras ondas del Mar Muerto?

Termino aquí la parte histórica de estos desaliñados apuntes, no porque la materia esté agotada, vacilante mi conviccion, ó cansada mi pluma, sino porque infero que os ha de ser tediosa mi voz, y á mí me es aflictiva la historia que recorro. Dos mil y quinientos años de esperiencias no han desengañado á los utopistas; y al preguntar al señor Figueroa, segun prometí, «¿dónde tras tan larga lucha podremos sentar nuestros reales con seguridad de no ser inquietados?» temo que no halle sitio apropósito; porque los socialistas lo han corrido todo, desde los pórticos de Atenas hasta las cataratas del Niagara.

(Se concluirá.)

EL MARQUÉS DE MOLINS.

PRINCIPIOS DE CIENCIA SOCIAL (1)

(Conclusion.)

III

PRIMER PRINCIPIO.

«LA LEY MORAL, QUE LO ES DE LA HUMANA NATURALEZA, CONTIENE LA DE *sociabilidad*, QUE INTEGRÁ AL HOMBRE: POR TÁNTO, LA SOCIEDAD NO ES DE ORÍGEN HUMANO, SINO DIVINO.»

De este principio se deduce que la Sociedad es: — *en el orden*

(1) Véase el número anterior

metafísico, NECESARIA Y FATAL, en oposicion á contingente y convencional, y, por consiguiente, anterior y superior á toda constitucion, á todo poder, á todo organismo humano, é independiente de toda expresion ó consignacion de consentimiento, ó pacto, sin distincion de tácito ni expreso;—*en el orden moral*, OBLIGATORIA, como deber puro y perfecto del individuo para con Dios, para consigo mismo, para con sus semejantes;—*y en el orden histórico*, UNIVERSAL, PERMANENTE, INDISOLUBLE:—implicando la negacion de cualquiera de estos caracteres *esenciales* la del enunciado principio.

Y es fundamental la afirmacion de este principio; no por su dificultad, pues es tan evidente, que bien podemos decir que constituye una de esas verdades *primeras*, cuya contraria se resiste á la razon humana; sino por su prodigiosa fecundidad en Ciencia sociológica, y por la que en errores y causas de desorganizacion tiene el principio opuesto.

En efecto; observad que, suprimido el principio que proclamamos, ni el Poder, ni la Familia, ni la Propiedad, ni la Religion, hallarán base positiva en que afirmarse. Porque, si la Sociedad no es de origen divino, es decir, no está fundada en la naturaleza moral y racional del hombre, que es la obra de Dios, sino de origen humano, es decir, *convencional, producto de la voluntad*, resulta que, en el orden metafísico, será *contingente*, en el moral *libre ó potestativa*, y en el histórico *circunstancial, intermitente, disoluble*;—de donde se seguiria tambien la posible disolucion ó abolicion de Poder, de la Religion positiva y de la Propiedad, que suponen estado de sociedad.

Resulta que el PODER, que lo mismo que la Sociedad vendría á ser producto de la voluntad, del interés interpretado de un modo accidental, de la convencion ó del pacto, ni representaria un principio de autoridad obligatorio, ni tendria condicion alguna de legitimidad, fuera de las que, por el pacto le fuesen atribuidas, ni, por tanto, seria más que una funcion subordinada, temporal, revocable y amovible, y falta de todo elemento de unidad y de perpetuidad.

Resulta, además, que la FAMILIA, si no es ya por sí misma el primer tipo de asociacion natural y el primer ejemplo, á la vez que el primer gérmen, de Sociedad originaria y providencial, ca-

recerá de base moral de existencia, así como de razon de ser las relaciones de autoridad y sumision, de derecho y deber que de ella nacen.

Resulta que la PROPIEDAD, falta del escudo de respeto y de la razon de limitacion que provienen del hecho (social) de co-existencia armónica, no podrá ser del individuo, sino que *todo será de todos*, es decir, de nadie; ó lo que es lo mismo, que dejará de ser la Propiedad.

Resulta, por último, que, desligado el individuo de todo vínculo externo; abandonado á los impulsos personales de su religion natural, en sus relaciones con su Criador; nada será ni más ocioso, ni más falso que la proclamacion de una RELIGION POSITIVA, que lleve á los hombres á adorar un solo Dios dentro de los mismos templos y al pié de los mismos altares, imponiéndoles su condicion terrenal y finita como medio de alcanzar un fin último, sobrenatural, é igual para todos.

Así pues, la concepcion del origen convencional de la Sociedad ataca, á un tiempo, á la Sociedad y al individuo;—á la sociedad, porque la desorganiza, desorganizando sus grandes fundamentos, sus grandes pilares de sustentacion;—al individuo, porque le desconoce, en su integridad, en su libertad, en su racionalidad y en su espiritualidad.

Por esto, Señores, sólo la vemos en aquellas Escuelas que atentan contra el individuo,—negando el principio de libertad, para ir al despotismo,—ó en aquellas que atentan contra la Sociedad;—negando el principio de autoridad, para llegar á la Revolucion social.

No la vemos en la Antigüedad, cuyo génio se resume en Platon y Aristóteles; pues Platon, con su teoría de la multiplicidad de necesidades y diversidad de aptitudes, y Aristóteles, con su axioma del *animal político*, en la naturaleza ciertamente asientan la Sociedad.

Platon investiga el origen de la Sociedad en su célebre *República*.—Sócrates, en su admirable Diálogo, discute con sus amigos sobre la naturaleza de lo justo y de lo injusto. Y como, en la recóndita escena de la conciencia, alguno de esos caracteres, por demasiado delicados y ténues, pudieran no aparecer con claridad bastante, traslada el Filósofo sus investigaciones al más

vasto teatro de la Sociedad y el Estado, y toma de uno y otra las grandes líneas del cuadro que pretende trazar. Pero ninguno de los Estados existentes podia servir de modelo á la obra platónica, hallándose, como se hallaban, más ó ménos degradados por los vicios. Sólo en un *Estado ideal* podia estar el tipo por que Platon suspiraba; y tal es el alto sentido que es necesario dar á aquella su Obra maestra.

«...Reflexiono—dice en ella—que cada uno de nosotros no aporta, al nacer, las mismas disposiciones; que los unos son aptos y buenos para hacer una cosa, y los otros para hacer otra.» «...Las cosas ¿cómo andarían mejor: si hiciese uno solo varios oficios, ó si cada cual se limitase al suyo?»—Y responde: «Si cada cual se limitase al suyo.» «De donde se sigue—concluye—que se hacen más cosas, que se hacen mejor y más cómodamente cuando cada uno hace aquella para la cual es apto, en el tiempo marcado, y sin ocuparse de todas las demás (1).»

Ahora bien. Esto no solo supone la Sociedad, sino su causa y origen arrancando primariamente de la naturaleza.

Mas no es solamente en la cuestion del origen del Ente social donde hay que observar el vuelo y la sagacidad de Platon. Tratando, despues, de la organizacion de la Sociedad, entiende que los ciudadanos de su República hállanse unidos por los más dulces y estrechos lazos, á pesar de su division en las tres *clases de Magistrados, Guerreros, y Artesanos ó Labradores*: y supone, ingeniosamente, que Dios ha mezclado con ellas estos cuatro metales: *el oro* con la primera, *la plata* con la segunda, y *el bronce* y *el hierro* con la tercera. ¡Ay, segun él, de la Sociedad, cuando, en vez del oro y la plata, dominen el hierro y el bronce! Con todo lo cual, mejor que reproducir el sistema de las castas Orientales—como algunos han pretendido, con escaso conocimiento de las grandes diferencias que cabe notar—indica Platon esta gran verdad:—que el Poder pertenece legítima y racionalmente á los mejores, y que en la sociedad humana han de existir categorías, puesto que existan en la Naturaleza; no para crear grupos de hombres enemigos de otros, sino para aumentar el número de vínculos que á todos enlacen y compenetren.

(1) Platon.—REPUBLICA, Lib. II.

Las condiciones del Poder fijalas Platon en *la Justicia*, soberana reguladora así del Estado como del individuo; en *el desinterés* y en *la abnegacion del Gobernante*; en *las luces de la Filosofia*; y en fin, en *la moderacion, la responsabilidad y el respeto á las Leyes*.

Dígase lo que se quiera, es y será eternamente cierto que el Estado, al par que el individuo, tienen que reconocer ante sí un *Ideal*, ó sea, un *fin, santo y divino*, al que han de tender y hácia el cual han de empujarlos los Poderes que los rigen. Es y será eternamente cierto que ese *Ideal* está en la Justicia, y que la verdadera justicia consiste en la concordia y en la unidad, por medio de la categórica subordinacion de lo ménos noble á lo más noble, de lo más imperfecto á lo más perfecto, de lo más bajo á lo más alto. Es y será, en fin, eternamente cierto que la Virtud es el gran secreto de la prosperidad de los Estados, pues sólo ella crea los buenos ciudadanos y sólo ella consolida las Repúblicas, haciendo la libertad posible y moderando al Poder.

Y yo os pregunto, Señores:—Si luego, al concluir, no sacrificase despiadadamente al individuo á nombre de la *Unidad ideal del Estado*; si á este no le hiciese intervenir en el reparto de la propiedad, en las uniones sexuales, hasta en las reglas de la Poesía y de la Música; hoy, después de tantos siglos, ¿qué mucho nuevo fuera posible añadir á lo dicho y pensado por Platon?

Aristóteles, por su parte, que, sin rechazar el Ideal que la razon concibe, lo interroga, sin embargo, con ménos cuidado, más atento á las enseñanzas de la Historia, más confiado en la observacion de los hechos del mundo real;—Aristóteles, que halló en Platon el Maestro de la Filosofia política, pero que supo ser el verdadero fundador de la *Ciencia política* propiamente dicha, á la que dió su verdadera forma; como lo fué de la Lógica, de la Metafísica, de la Moral, de la Historia natural y de la Física,—¡que tanto pudo abarcar su portentosa inteligencia!—Aristóteles, repito, casi comienza lo mejor de sus Obras en el orden de ideas que vamos investigando con estas bellísimas, clásicas, inolvidables frases:

«Así, el Estado *proviene siempre de la naturaleza*, como las primeras asociaciones de que es fin último; pues *la naturaleza de cada cosa es cabalmente su fin*, y lo que cada uno de los seres es.

cuando ha alcanzado su completo desarrollo, eso se dice que es su naturaleza propia, ya se trate de un hombre, ó de un caballo, ó de una familia...» (1).

«De ahí, esta evidente conclusion, es á saber: que el Estado es UN HECHO DE NATURALEZA; que NATURALMENTE EL HOMBRE ES UN SER SOCIABLE; y que aquel que se queda salvaje por organizacion, y no por el efecto de la casualidad, es, ciertamente, ó un sér degradado, ó un sér superior á la especie humana;»—es decir, ó una bestia, ó un Dios; pero no un hombre.

«A él sí que se le podria aplicar esta reconvençion de Homero:

«Sin familia, sin leyes, sin hogares...»

«El hombre que por naturaleza, fuese tal como el del poeta, no respiraria más que guerra, pues seria incapáz de toda union, cual las aves de rapiña (2).»

Admiraos, señores. Hoyes, y en nuestros tiempos, de tanta presuncion en los sedicentes filósofos, y de tanto orgullo en las escuelas, nada nuevo se ha dicho, nada sustancialmente superior á esto, en esta fundamental cuestion. Y es que, en órden al llamado progreso moral, la humanidad camina más despacio que en el material, ya quel casi siempre consiste, no tanto en mudar, como en persistir, en permanecer;—pues, si es dado al hombre *modificar* las propiedades *de las cosas* que sirven á su sér, nada puede, en cambio, para alterar la *esencia* de su mismo sér.

Por esto, la peregrina concepcion *rousseauiana* del origen contingente del Ente social, no la vemos tampoco en la Escuela llamada Teológica, en la de los grandes doctores de la Teología católica, en Santo Tomás, en Belarmino, en Suarez. Estos proclaman la Sociedad *de derecho divino*, y por ende, de derecho divino tambien el poder; aunque cuidan bien de no llegar, como Bossuet llegó, ofuscado por la grandeza de Luis XIV, á proclamar igualmente de derecho divino el poder monárquico; distinguiendo escrupulosamente, respecto del origen del poder, entre la comuni-

(1) Aristóteles.—Política, Lib. I, cap. 1.º, pár. 8.º, edicion de Mr. Barthélemy Saint-Hilaire.

(2) Aristóteles.—Política, Lib. I, cap. 1.º pár. 9.º de la misma edicion.

cacion *mediata* y la *inmediata* del mismo, y dando un muy otro sentido al texto de San Pablo (1): «*Non est potestas nisi á Deo,*» y al de *Los Proverbios*: «*Per me reges regnant, et conditores legum juxta decernunt* (2)» que les dieron, en ocasiones, los malhadados inventores del *Derecho divino de los reyes*.

No la vemos tampoco en los continuadores de esa escuela, en los ilustres Vizconde de Bonald y José De Maistre, que escribieron en sentido profundamente elevado y de reaccion contra el racionalismo revolucionario, furiosamente desencadenado en sus dias. Ni el primero en su «*Théorie du pouvoir politique et religieuse dans la Société civile,*» publicada en 1796 por vez primera, y en la que funda el origen de la sociedad en la *Ley del divino amor*, explicando luego su organizacion por su teoría de *causa, medio y efecto*, ó sea *Poder, Ministro y Súbdito*; ni el segundo, en su notable «*Étude sur la Souveraineté* (3)» en el que afirma que «*el hombre aislado no es el hombre de la naturaleza,*» fueron cómplices, en modo alguno, de aquella aberracion inaudita, ántes fueron sus más temibles y poderosos adversarios.

No la vemos, finalmente, en la escuela *eclectica* de V. Cousin, de B. Constant, de Royer Collard, de Guizot, en que se armonizan el elemento individualista y el socialista, por medio del reconocimiento de la soberanía de la *Ley moral* en el principio de autoridad y de la legitimidad del fin individual en las ordenadas manifestaciones de una libertad política y jurídicamente limitada y circunscrita.

Vémosla principalmente, casi exclusivamente, en la escuela filosófico-racionalista de ayer, en la individualista y revolucionaria de hoy, de la que fueron precursores, segun dije, Hobbes y Locke, pero sobre todo Loke, y que formuló su Evangelio en el *Contrato social* y en la *Declaracion de derechos*; y que, si algun paso pudo hacer dar al Derecho político, no la exime este mérito, aún discutible, de la tremenda responsabilidad que contrajo ante la época contemporánea, por haber condensado la nube, que rompiendo en lluvia de sangre y fuego, suscitó el regicidio, el ter-

(1) San Pablo.—*Epístola á los romanos*, cap. XIII.

(2) Salomon.—*Proverbios*, cap. VIII, vers. 15.

(3) De Maistre.—*Oeuvres inédites* du comte Joseph, etc.

ror y la abolición de todo principio categórico, para franquear, con las puertas del voto universal, los umbrales de la Sociedad moderna, al Socialismo primero, á la anarquía después.

SEGUNDO PRINCIPIO

«EL DERECHO NATURAL, PROVENIENTE DE LA PREEXISTENCIA DE UNA LEY MORAL, HA DE SER BASE Y PIEDRA DE TOQUE PARA TODO DERECHO POSITIVO.—POR DERECHO NATURAL, LA *libertad* ES PRINCIPIO ABSOLUTO, LA *igualdad* PRINCIPIO DE RELACION: NO DEBEN, PUES, EQUIPARARSE AMBOS CONCEPTOS—CUAL SE VIENE HACIENDO DESDE LA REVOLUCION FRANCESA—EN EL DERECHO POLÍTICO POSITIVO.»

De este segundo principio, aplicado especialmente al Derecho público, se deduce la necesidad de no incurrir, por más tiempo, en esta errónea y lamentabilísima confusión que se señala.

La personalidad individual coexiste con la social y colectiva; el individuo coexiste con el Estado.

Entre ambas personalidades surgen relaciones jurídicas que el Derecho positivo determina y regula. Hé aquí el Derecho público interno, el Derecho político propiamente dicho.

Ahora bien: ¿cuál habrá de ser la base racional de la regla de derecho, al determinar y regular aquellas relaciones? La personalidad individual, en lo que tiene de naturalmente constitutivo, como *libre* y como *inteligente*; porque, como tal, si el Estado puede regularla, limitarla, claro está que no puede violarla, ni mucho ménos anularla, como sucedía con la esclavitud de los tiempos antiguos, so pena de atentar directamente contra la Ley natural, violándola del mismo modo; ya que la situación de derecho que implica el Estado es, para el individuo, *medio*, mientras que el bien del individuo, para el Estado, es *fin*.

Mas ¿dónde está, en qué se reconoce la personalidad individual?

En los derechos naturales,—se dice.

Pues, ¿cuáles son esos derechos, *naturales, constitutivos, inherentes* á la personalidad humana, de que tanto se habla?

Todos—si bien lo mirais—hallaréislos reducidos al de la Libertad, la cual tiene por condicion jurídica de ejercicio la de igualdad, en la vida de relacion, derivada de la esencial unidad de nuestra naturaleza.

La libertad es el principio absoluto, porque *él solo* es constitutivo de *todo* el hombre. Con efecto; proclamad un *sér libre*... Habis designado un hombre. Mientras que la igualdad es principio relativo. Proclamad un hombre *igual* á otro. ¿Habis proclamado la esencia de ninguno de los dos? No. Hasta aquí, sólo sabremos que *hay dos hombres iguales*; no sabrémos aún *lo que es el hombre*. Habis solamente proclamado la relacion que los une; y quedareis todavía obligados á explicarla, en vista de las desigualdades accidentales que en gran número se notarán en ellos.

¿No veis la distancia entre uno y otro principio?

Por no haberla querido reconocer,—de que todos los hombres son igual y esencialmente libres, se ha querido deducir que habian de ser absolutamente iguales en el ejercicio y goce externo de su libertad, no ya sólo en lo civil, sino tambien y más especialmente en lo político. De donde se ha seguido que, por extremar la igualdad, ha muerto, en muchos casos, la libertad.

Esta es la extension natural de la personalidad, conforme á las condiciones de desarrollo propias de cada uno. Y la igualdad absoluta es el lecho de Procusto, al que se quiere ajustar, por igual manera, al chico y al grande, al gordo y al flaco; con lo que todos quedan oprimidos *igualmente*.

De ahí, que, por el principio de libertad, dentro de las condiciones históricas de cada Estado, se va á las *Reformas* políticas, duraderas y atinadas, de que dá muestra la Inglaterra, y á las reformas sociales que acepta y propone, en su conocida obra (1), el docto y erudito Mr. Le Play; de ahí que, por la igualdad, se va á explicar hasta el absurdo, hasta á la *animalidad* afirmada por Rousseau, á la revolucion social, de que dió ejemplo la Francia, y á los sistemas socialistas modernos.

Hay, pues, que restablecer esta distincion fundamental. Mien-

(1) *La Reforme sociale en France.*

tras la sociedad, que exige certificaciones de buena conducta para todo, hasta para los cargos más menudos, se empeñe en no distinguir, ni siquiera entre el vicio más abyecto y la más pura moralidad, cuando se trata de ejercer la Soberanía constituyente, la cuestión social tendrá razón de ser, y el que nuestros vecinos han llamado gráficamente *Espectro rojo* seguirá siendo el peligro permanente de la libertad en la raza latina.

Esto basta, señores, para evidenciaros cuánto artificio se encierra en esta mágica idea de igualdad, que á tantos desdichados deslumbra y pierde.

Tanto es así, cuanto que, por más que, con desconocimiento de las desigualdades que á todos nos distinguen, representando la dichosa *variedad* dentro de la constante *unidad* de nuestra especie, sigue consignándose en nuestras Constituciones escritas, la igualdad, en su concepto absoluto, ello es que la desigualdad continúa de hecho, vévela en todas partes; —y nunca se logrará, sino por la violencia, es decir, por la tiranía, que los más dignos se pongan á los piés de los más indignos, los más sábios á los de los más ignorantes, aun en el caso en que los ignorantes y los indignos tuvieran, en favor suyo, la triste superioridad del número. Boileau decía:

«Chassez le naturel, il revient au galop.»

y así es su dicho aplicable á la literatura como á la política.

Aristóteles, discurriendo también, sobre este punto, con su habitual maestría, decía lo siguiente, refiriéndose á las verdaderas capacidades sociales: «Estos seres superiores son dioses entre los hombres; la Ley no está hecha para ellos, pues ellos son la ley viviente. Si se pretende someterlos á la constitución, contestarán lo que contestaron los leones al decreto de la Asamblea de las liebres sobre la igualdad general de los animales:—*Seria menester poder sostener tales pretensiones con dientes y con uñas iguales á las nuestras.*»

TERCER PRINCIPIO.

«LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS DE LOS PUEBLÓS HAN DE SER PRODUCTO DE LA ARMONIZACION DE LOS DOS ELEMENTOS *histórico y filosófico*;—ÉSTE, REPRESENTANDO LO QUE TIENE DE *uno*, DE *comun*, Y AQUEL LO QUE TIENE DE *vário y particular* EL SOCIAL PROGRESO.»

De este principio se deduce que en el elemento filosófico está el ideal del Derecho político; en el histórico lo real de las instituciones políticas de los Estados. Dedúcese, además, que no se debe prescindir de ese ideal; pero que jamás se realizará por completo, porque el derecho, como la virtud, como el bien, como la belleza, como todas las excelencias morales, tiene que perder algo de su pureza al combinarse con las humanas imperfecciones y con el estado social de cada pueblo.

Por no reconocerlo así, han luchado las dos escuelas Filosófica é Histórica, sin que la lucha tuviera una científica razon de ser, porque, entre esa tésis y esa antítesis, se necesita una síntesis, en la que solamente podrá hallarse la verdad.

La escuela histórica tiene un criterio admirable, aun cuando, en ocasiones, un tanto estrecho.

Vico en Italia, Montesquieu en Francia, Burke en Inglaterra, Hugo y Savigny en Alemania, lo han difundido.

Sabido es que Vico, con su *Scienza nuova*, produjo una casi revolucion (1668-1744) en el estudio de la Historia. Su criterio lo aplicó tambien al Derecho; y en su obra *De universi juris uno principio et fine* (1720), distingue profundamente, en las leyes, el espíritu ó voluntad del legislador (*mens legis*) y la razon de la ley (*ratio legis*)—cuya razon, para él, reside en la armonía entre la ley, los hechos históricos, y los eternos principios de la verdad y del bien.

Un movimiento análogo es sabido que causó, en Francia, poco despues (1748), *El espíritu de las Leyes* de Montesquieu; quien habia dicho—aludiendo á las condiciones históricas de los Estados monárquicos:—«Abolid, en una Monarquía, las prerogativas de los Señores, del clero, de la nobleza, de las villas y ciudades; y habreis creado, muy pronto, ó un estado popular, ó un estado despótico.»

Burke coincide ya (1730-1797) con los tiempos de la revolución francesa, la que no parece sino que le suscitára, en el Parlamento inglés, como el Mirabeau de la Contra-Revolucion.

La Inglaterra, acostumbrada desde largo tiempo á las libres discusiones parlamentarias y que habia tambien tenido su revolución, habia de ser, entre todos los países de Europa, acaso aquel en quien más interés excitasen los sucesos del período revolucionario en Francia.

Así sucedió, y la Revolución de 89 tuvo en ella ardientes defensores y enérgicos adversarios.

Fox, el célebre orador del partido whig, representa á los primeros: Burke, uno de los jefes del mismo partido, con no menor conviccion, con no ménos talento, con igual amor á su Pátria, á la libertad y á la humanidad, personifica á los segundos.

Pero Burke no se contentó, como Fox, con pronunciar tremendos discursos desde la tribuna; antes bien, y en forma de «carta á un amigo,» publicó un folleto titulado *Reflexiones sobre la Revolución de Francia*, en que, señalando las profundas diferencias que la separan de la de 1688 de Inglaterra, dijo con mucha verdad: «La libertad no es, en Inglaterra, un derecho *á priori*, sino *una herencia*. Tiene sus armas, su galería de retratos, sus inscripciones, sus archivos, sus pruebas de sangre y sus títulos. En una palabra, nuestra libertad *es nobleza*.» Y en otro lugar, mirando ya al porvenir, escribía proféticamente que la revolución habia preparado *una mina* cuya explosion haria saltar todos los gobiernos. Era esa mina la *Declaracion de derechos*, de los cuales decia que por más que se den como absolutos teóricamente, en la realidad no podian ser sino relativos, «á manera de término medio, de compromiso entre un bien y un mal.»

Finalmente, en nuestro siglo, Hugo en Göttingue, y Savigny en Berlin, continuaron y metodizaron esas mismas tendencias de Burke, de Montesquieu, de Vico, respecto al carácter de las instituciones políticas de los Estados, mereciendo Savigny, como es sabido, la consideracion de Jefe de la Escuela Histórica, gracias á la profundidad y paciente trabajo con que supone llevar sus utilísimas investigaciones al terreno del derecho, y más especialmente al del derecho privado.

Para esta escuela, por consiguiente, las instituciones son,

no *una creacion*, sino más bien *una vegetacion*, el desarrollo de un gérmen; porque los pueblos nada créan por sí, sino que desenvuelven sus condiciones propias al calor de los accidentes y causas históricas que constituyen su distintiva personalidad.

En cambio, todo lo contrario sucede con la Escuela Filosófica, personificada, aun mejor que en el *subjetivismo absoluto* de Hegel y en los *organicismos* más ó ménos perfectos y reales de Kant y de Krausie, en el *idealismo subjetivo* de Fichte. Para ella, nada tiene razon de ser fuera del ideal, y este ideal es el Yo:—el *Yo-personal* para los más radicales, y el *Yo-Humanidad* para los más tímidos.

En sus «*Consideraciones destinadas á rectificar los juicios del público sobre la revolucion francesa.*» escritas en 1793,—nótete la fecha—escribió Fichte que «para juzgar de la legitimidad de una Revolucion, es menester remontar hasta la *forma original* de nuestro espíritu;»—«deduciendo nuestro propio juicio, no de nuestro Yo modificado por la experiencia, sino *de nuestro Yo puro*, exento de toda experiencia.»

¿No es este el dogma fundamental del funesto individualismo hoy al uso?

Yo no abogo porque se prescinda del elemento filosófico, considerado como expresion de lo que tiene de universal y comun la humana especie; en su naturaleza y en su desarrollo. Abogo porque no se le separe del elemento histórico, sino que con él se le armonice, pues de no hacerlo así, no habrá estabilidad para las Leyes ni para las instituciones, repugnadas, unas y otras, por las costumbres; unas y otras rechazadas por el estado social.

No doy tampoco á la escuela histórica más importancia de la que en sí tiene, con ser mucha;—pero deploro esa fatal manía de uniformar, de fundir en un mismo molde á las naciones, quitándoles los rasgos peculiares de su fisonomía, y deprimiendo así su fuerza y su carácter.

Este sistema va ya dando amargos frutos, y es menester que concuya,—si es que ya no se quiere ir, cual lo pide la *Internacional*, á la completa supresion de las nacionalidades, grandes y chicas, antiguas ó modernas.

IV

De este rápido precedente análisis, derivase, en mi sentir, una importante consecuencia, á la que dan todavía mayor fuerza las últimas reflexiones.

Es á saber:—que la ciencia sociológica, es á la vez, ciencia de razonamiento y de observacion, ó experimental, pero nunca lo podrá ser de sentimiento y fantasía; y que *no tiene derecho*, por lo mismo, á sostener teorías opuestas á la congénita organizacion de la sociedad, ó sea teorías fundamentalmente revolucionarias, quien, apoyado en la filosofía y la historia, no sea capaz de demostrar, acto continuo, la falsedad de los principios expuestos, en los cuales heme fijado preferentemente, no tanto por su especial importancia en la ciencia, como por ser hoy los más caídos en desuso y menosprecio, los más negados y escarnecidos por ambiciosos y novadores, quienes, sin embargo, ó por falta de sincera conviccion ó por temor á arrostrar una impopularidad de que son juguete, se guardan bien de refutarlos de un modo sério y científico.

Con ellos, mientras tal hacen, y porque llevan la perturbacion á los espíritus, en tan graves y trascendentales materias, hay que ser severos, Señores.

A ellos cabe aplicarles las siguientes frases del marqués de Valdegamas (1):

«Desde que se ha descubierto la sublime panacéa de que pensar es sentir, todos los que sienten, aunque sean imbéciles, creen que piensan; y como los que piensan deben mandar, todos se creen con derecho al mando, porque todos están dotados de la facultad de sentir. Señores, el filósofo debe ser severo, porque la filosofía es un sacerdocio. El filósofo no debe degradarse, no debe prostituirse; y se prostituye y se degrada, cuando, mercader impuro de la inteligencia, vende en las plazas públicas, como un ridículo farsante ó un asqueroso hístrion, el secreto de la sabiduría sin el trabajo de pensar.»

Como quiera que sea, ello es que en los grandes é inmutables principios, que han sido objeto de esta Conferencia, se resumen todos, ó casi todos, los fundamentales de la sociología.

(1) *Lecciones de Derecho político*, pronunciadas en el Ateneo de Madrid.

Y hay que restaurarlos y reconstruirlos; hay que hacerlos prevalecer nuevamente, si queremos mejorar las miserables condiciones en que hoy sucumbe la vida moral de los Estados.

Pero, al hacerlo, hay que dar la preferencia, la primacía á los más excelentes sobre los que lo son ménos: hay que empezar por restaurar y vigorizar el *principio religioso*.

Hay que pensar en Jesucristo, al organizar la sociedad civil y al sentar la base de los poderes.

La Doctrina de Jesucristo salvó al mundo despues del cataclismo de los bárbaros, y puede salvarlo todavía ahora, ante los nuevos bárbaros de la ira y de la incredulidad.

El Mundo pagano se hundió en la historia, por haber desconocido aquella doctrina... ¡Que no se hunda en la historia la sociedad moderna por haberla renegado!...

Al legislar, al formular el derecho, hay que contar con Dios; porque, sin Dios, no hay religion; sin religion no hay moral; y sin moral, Señores, no hay base en que apoyar el derecho.

Solamente reconstruyendo los principios sociales sobre estas precisas condiciones, podrán obtenerse de la *Ciencia social* medios adecuados á combatir la *causa verdadera*, la GRAN CAUSA del conflicto contemporáneo.

¿Sabeis, en suma, cuál es?

V

Pensaba, para terminar, presentaros algunas consideraciones de cosecha propia sobre este punto culminante; pero viene en mi auxilio, en lo delicado de mi propósito, una voz más autorizada que la mia, que há poco señaló esa CAUSA con la admirable precision que vais á ver.

Yo voy á traduciros su enérgico acento.

Es un pasaje de Monseñor Mermillod, Obispo de Hebron y auxiliar de Ginebra, pensador profundo y orador elocuentísimo, que extracté de su folleto sobre la *Cuestion obrera*, publicado este mismo año en París.

Dice así:

«Dios creó la sociedad entre los encantos de un Edén, y des-

pues de seis mil años nada ha podido echar abajo la obra divina.

»De todas las relaciones del hombre con el hombre es Dios primer autor.

»Pues bien. ¿Cómo quereis que esas relaciones subsistan, si Dios es despedido? ¿Cómo quereis que la sociedad se mantenga, si se prescinde de su Autor?

»He aquí la GRAN CAUSA del mal.

»Una vez excluido Dios del gobierno y direccion de este mundo, sólo quedan en él el egoismo y el aislamiento; porque, después de todo, una inteligencia equivale á otra, un corazón equivale á otro corazón; por lo que cada uno se juzga perfectamente igual á su vecino. Hay en esto un egoismo necesario; pero este egoismo conduce fatalmente á una lucha sin término.

»Lisonjébase la Escuela filosófica con poder entregarse á todos los goces intelectuales de la negacion, á todas las delicadas fiestas del pensamiento puro, en lo que ella apellidaba altas regiones del mismo, sin que el efecto se experimentase en el mecanismo social...

»En sus mejores revistas, en sus libros más celebrados, calificaba á Dios, Padre y Creador del linaje humano, de vieja y ya inútil hipótesis, y entreteníase disertando acerca del *fermento nervioso* que algunos piensan ser el alma humana...

»Preciábase dicha escuela de ser la aristocracia de la idea; creaba, para uso del pueblo, una religion natural, una moral independiente; creía, en fin, que abandonando al pueblo las urnas electorales y facilitando su acceso á los teatros, el pueblo hallaríase ya muy feliz, y acudiría al escrutinio ó á la escuela, al taller ó á la conspiracion, satisfecho con su suerte y envanecido con sus retóricos.

»Y cuando esas ideas malsanas, venidas de las más altas clases y pasando por las clases intermedias, penetraron hasta el fondo de las masas, el pueblo, ese gran lógico, no dejó de sacar las consecuencias.

»Oid sus clamores.

»Yo os trasmito sus palabras.

»NOS HABEIS ARREBATADO—os dice—EL ENGORROSO TEMOR AL INFIERNO, Y OS DAMOS GRACIAS POR ELLO: PERO AL PROPIO TIEMPO HABEIS DESTRUIDO EN NOSOTROS LA ESPERANZA EN EL CIELO.

»PUES BIEN. AHORA NECESITAMOS LA TIERRA... ¡Y LA TIERRA SERÁ NUESTRA! (1)

.....

—Señores:

Tiene razon el distinguido Prelado.

Si no se restauran pronto, muy pronto, esas grandes verdades que se ha pretendido destruir, con inexcusable desvarío ó con intencion malvada; si no se opone esta defensa, única proporcionada á la magnitud del ataque, al peligro social que amaga á los pueblos de la raza latina,

¡Ay de esta raza!

¡Ay de esos pueblos!

¡Ay de nuestra civilizacion!...

—Sembraron ayer los vientos.

Hoy cosechan ya las tempestades.

IGNACIO MARÍA DE FERRAN.

PORMENORES DE LA DEFENSA

ALCANCE DE NUESTRAS ARMAS.—ACIERTO EN LA PUNTERIA

Honado el primer artículo de epígrafe igual al antecedente con su insercion en nuestra Revista, de inferir es que el ilustrado Director de la *Defensa de la Sociedad* no cree infundadas las razones expuestas en favor de la idea de interpolar con los escritos doctrinales profundos, y por decirlo así científicos, otros de estilo llano y quasi vulgar, en que, desdeñando un poco el primor de la forma, se patenticen familiarmente las verdades eternas, únicas bases justas, racionales y aun posibles de toda organizacion social.

(1) *La Question ouvriere*, par Mgr, Mermillód.—Paris, 1872. Ese magnífico discurso le tradujimos é insertamos en el número 25 de nuestra revista, página 269 del 2.º tomo de la misma, en donde le tienen nuestros lectores.

Persuadido de esto el autor del citado artículo (*Pormenores de la Defensa*) y agradeciendo el que se haya insertado una parte de él en la *Hoja popular*, como atinado complemento de su proyecto, se atreve hoy á pedir la vénia de los lectores para continuar en su tarea, combatiendo uno de los más nauseabundos errores económicos y antisociales que con mayor insistencia han dado en propalar los ignorantes trastornadores modernos, á saber, la nivelacion de fortunas.

Uno de los escritores franceses de fines del pasado siglo, CARLOS FOURIER, clasificado con razon de socialista, pero que no creia él mismo serlo, y se rebelaba contra la calificacion de *comunista*, se desató mil veces en invectivas sangrientas contra los partidarios de toda igualdad absoluta (1). Los que no han leído sus obras, sino extractos infieles de ellas, entre los cuales no es el peor el de Luis Reybaud, ignoran este principio del famoso autor del sistema falansteriano, así como le calumnian, ó por lo menos le acusan sin fundamento de haber pretendido que el tal sistema se impusiera *forzosamente* á la sociedad. Su error consistió en creer que por *atraccion* vendria á realizarse su ensueño de un *falansterio* modelo, y que á su imitacion se irian formando otros que llenarian el mundo entero.

Aquí está una de las grandes contradicciones en que incurrió Fourier, ofuscado por esa manía de organizaciones artificiales que ciega á todos los utopistas. Dividiendo lo que él llamaba *Fases de la vida humanitaria* en ocho periodos, decia: que la especie humana ha pasado por los cuatro primeros, *Eden, Salvajismo, Patriarcado, y Barbarie*; que se halla en el quinto, *Civilizacion* (cuya denominacion adoptaba tomándola en mala parte); y que todavia ha de pasar por el sexto y sétimo, *Garantismo y Asociacion simple*, para llegar por fin al de *Asociacion compuesta ó ARMONIA* (que es lo que nosotros los profanos podriamos llamar CIVILIZACION PERFECCIONADA Ó COMPLETA).—Ahora bien: si se hu-

(1) El falansteriano Ch. Pellarin dice en su exposicion de la *Teoria sociológica*, hablando de la combinacion de *Capital, Trabajo y Aptitud*, imaginada por Fourier: «... Combinacion que no solo no exige la igualdad de riqueza en las familias que hayan de asociarse, sino que, al contrario, requiere una serie de desigualdades bajo este concepto.»—(Fourier, sa vie et sa théorie.—4 me., édit., page 227.)

biera realizado el sueño de convertir la tierra en una red de fansterios armónicos, quedaba destruida, con semejante salto sobre el 6.º y 7.º periodos, esa escala simétrica que Fourier miraba como fatal, ó más bien providencial; pues que él creía en un Dios, ser supremo, personal y activo, y en su providencia universal paternal y soberana. Si vamos ó no caminando hácia el *Garantismo*, dígalo el estado actual de las naciones que se llaman civilizadas.

Además de esta diferencia esencial que existe entre las teorías de Fourier (adulteradas por Victor Considerant y otros secuaces) y las de los socialistas posteriores, sobre todo los de la diabólica secta internacional, profesaba aquel reformador otra máxima que inculca repetidísimas veces en varias de sus obras, y que sus críticos no han tenido en cuenta bastantemente para hacerle la justicia de colocarle en diametral oposicion á la mayor parte de los socialistas. Decía Fourier que toda prueba ó experimento de reforma social debía hacerse primero en reducida escala, y valiéndose de un símil muy propio y claro añadía: «Que si los químicos no procedieran con esta precaucion, si en vez de hacerse en el laboratorio y en pequeño ciertos experimentos, se hiciesen en grande, habría explosiones que reducirían á escombros ciudades enteras.»

Los modernos reformistas, al contrario, quieren imponer por la fuerza á toda una nacion, al mundo entero sus soñadas teorías y la más injusta y peligrosa de todas especialmente, que es la abolicion de la propiedad, y la nivelacion de las fortunas.—Este error, aunque de los más groseros, no veo yo que sea tan enérgicamente anatematizado como merece, ni sobre todo que se insista debidamente en demostrar que es absurdo é imposible. Verdad es que se clama contra la iniquidad de arrebatarle á uno lo que posee, pero como los que claman son los poseedores, sus quejas no hacen gran mella en el ánimo de los que nada tienen. en mi juicio conviene reduplicar las pruebas, primero, de los sagrados principios en que descansa la propiedad; y segundo, de que toda nivelacion es IMPOSIBLE. Ambas demostraciones, lo repito, deberian hacerse, no en el tono de una argumentacion filosófica, ni en el estilo de una controversia de jurisconsultos, ó de sabios economistas, no: sino en el lenguaje familiar que es el

único capaz de convencer al pueblo, y para hablar con más exactitud, á *la plebe*, cuya ignorancia, envidia y codicia saben explotar los subvertidores del orden social.

No sé si me engaño, pero de que no se hallan bien arraigados los buenos principios, ó de que no es muy firme el convencimiento en los que dicen profesarlos, veo yo síntomas en la tranquilidad indiferencia con que se oyen ciertos absurdos.—Si un demente viniera á proponer en una reunion pública que se arrendara en subasta la luz del sol ó que sobre la respiracion de cada hombre se impusiera un tributo, los silbidos y las risotadas ahogarían su voz indefectiblemente. Pues no es en mi sentir menos absurda la propuesta que antes de ayer (1) hizo un ciudadano delante de dos mil personas, en la explanada de caballerizas, y ninguno de los circunstantes soltó la carcajada, ó hizo otra exclamacion de sorpresa al oír que á cada español debían dársele cinco pesetas diarias de renta fija». Contra semejante desatino van disparadas las breves líneas que hoy tengo el atrevimiento de enviar á LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD. No pido la aprobacion de los doctos, sino su tolerancia, y que me hagan la justicia de creer que en estos tiempos de universales pujos literarios, no hace pequeño sacrificio del amor propio quien se abate al estilo ranplon, siendo tanto más fácil la oronda hinchazon de la jerga periodística de moda. El que esto escribe aspira á ser leído no de los sabios, sino de aquellas pobres gentes en cuyo estilo conviene llamar al pan pan, al vino vino, y á los socialistas tontos.

LAS CINCO PESETAS

Cinco pesetas, sí, señores, cinco pesetas diarias deben *darse* (no sé por quién) á cada español, segun dijo un orador socialista el otro dia hablando en el *local*, digámoslo así, nuevamente elegido para esta clase de conferencias, situado entre el ex-palacio real y las ex-caballerizas. De las cosazas políticas que allí se oyeron, nada tengo que tratar aquí: *Tractent fabrilia fabri*; como yo no

(1) Esto se escribía el martes 6 de Mayo corriente.

soy *faber*, quiero decir, político, y menos en el campo neutral de estas páginas, me limito á examinar el indicado pensamiento socialista, porque precisamente para combatir esas ideas, con abstracción de la política, se ha fundado LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.—No como sistema político, sino como plan ó medida económica, propuso el consabido orador lo de las cinco pesetas: entro, pues, en el palenque económico.

¡Cinco pesetas á cada español!—No hallándome allí presente, no me he enterado de si el autor del pensamiento explicó ó no explicó el método que ha de seguirse para las partijas: de todas maneras, me ocurren las *pequeñas* dificultades siguientes:

Suponiendo diez y seis millones de españoles á cinco pesetas por cabeza, habría que repartir ochenta millones de pesetas, ó sean TRESCIENTOS VEINTE MILLONES DE REALES DIARIOS.—Esta renta supone un capital; y aunque no calculemos el rédito menos de cinco por ciento anual, veremos que se necesitaria que el tal capital fuese de *ciento diez y seis mil ochocientos millones de DUROS* si habia de producir *cinco pesetas diarias* para cada español.—Me parece que en guarismos hará mayor efecto.

DUROS: 116,800.000,000.

El ciudadano proyectista, si no mienten las crónicas, se olvidó de especificar en qué parte del mundo se encuentra ese capital, ó cómo se forma, y dónde se impone; y quién le impone; y por qué manos y sistema se administra; y en qué manera y oficinas se reparte la renta!

Pues pasemos por todas esas monstruosidades, que es como tragarse en ayunas un elefante crudo, y supongamos el enorme disparate realizado.—Ya tiene cada español cinco pesetas diarias, las cuales habremos de figurarnos que se le aparecen por ensalmo, cada mañanita, en el fondo del bolsillo de los pantalones.—Pues bien, yo amanezco hoy con mis cinco pesetas, y sabiendo que no he de tener más, echo mis cuentas: tengan Vds. la bondad de calcular conmigo.

La habitacion que ocupo ahora me cuesta diez reales diarios: ¡gasto enorme!—Es menester buscar otra de á dos reales cuando más; al fin de esta calle hay una buhardilla de este precio; allá me voy en cuanto almuerce.

Pido de almorzar; pero no hay pan.—El panadero que le traía dice que teniendo él una renta fija de cinco pesetas no quiere andar subiendo y bajando escaleras para ganar un jornal de seis ú ocho reales.—(¡Medrados estamos!)—Quiero enviar por pan á la tienda: mi criado Francisco se me planta y dice: «Señor, yo no quiero servir más. V. me da cuatro reales de salario, y yo tengo ahora veinte.»—Pero, Francisco (le replico) ¿y la comida y la casa?—Francisco responde: «¿Y mi libertad?»—Pues, señor, me decido á ir en persona á comprarme un par de roscas: y de paso, agenciaré la mudanza de casa.

Salgo, y en la esquina me encuentro á Francisco altercando con un mozo de cordel—«Pero hombre (decía el primero) si yo te pago ¿por qué no me has de llevar mi cofre?»—Porque non me da gana (respondía el mozo): cuando fui pobre, cargaba como una acémila; mais agora me tengü ya los mis treinta duriños que me deparó un ciudadano que non conozco, (Dios se lu paje) y ya non he de trabajar aunque me aspen.

—¡Ah, mal gallego! respondió Francisco, tú te lo pierdes.

El Mozo (*despues de meditarlo*)—Mira, Franciscu: dame una media onza, y llevaréte el cofre.

FRANCISCO—Media onza de estrignina te daré yo.

—Mozo.—Al perru de tu abuelu.

—¡Malo va esto! dije yo oyendo el diálogo: si Francisco no encuentra quien le mude un baul ¿cómo haré yo para transportar toda la balumba de mis muebles?—Apurado con este pensamiento, entro en la tienda, y pido pan: voy á pagarle al precio ordinario, y el tendero me dice: «Se ha subido».—¿Cuánto? ¿Dos cuartos?—«No señor: treinta rs. en libra.»—«¿Es posible?»—«Ya ve usted como ahora cada oficial y mozo de tahona tiene 7.300 rs. de renta fija, ó sean cinco pesetas cuotidianas, no quieren trabajar por menos jornal de dos á tres duros diarios; y no les falta razon, porque como lo mismo ha sucedido en todos los officios, á ellos les han de costar más caros la carne, y el vino, y las patatas, y los garbanzos, y el arroz, y las verduras, y la ropa, y los zapatos, y... en fin, todo.»

—A ver, á ver, vecino: explíqueme V. bien eso (dije yo, por probar si el tendero era hombre más práctico que esos ciudadanos que lanzan al aire libre tales esperpentos económicos.)

—Es muy fácil de explicar, respondió el tendero. Mire usted: la mayor parte de la gente que trabaja, lo hace por pura necesidad. Si V. le da á cada uno de éstos una renta fija ¿quién trabaja?

—Hombre, algunos habrá que quieran ganar más.

—Serán muy pocos; pero aun esos se harán pagar muy caras sus puntadas. Suponga V. que hay en Madrid mil oficiales de zapatero: ochocientos no volverán á coger el tirapie en cuanto se vean con un duro diario; los otros doscientos, más codiciosos, como que se verán solicitados por todos los maestros, se harán de pencas, y pedirán un jornal bárbaro. Si siguen fabricándose zapatos, saldrán muy caros; y cuando los de los otros oficios vengan á comprarlos, también tendrán que subir su género, porque á ellos les sucederá lo mismo, y por que las cosas todas tienen que guardar siempre en sus precios la misma proporción.

—A ver, vecino, explíqueme V. eso de la proporción.

—Va V. á comprenderlo. Supongamos que un par de zapatos vale treinta rs. y un sombrero sesenta, y un vestido como este que yo tengo puesto, seis duros.—Yo vendo arroz á un precio en que gano *un real* por libra, hago mi cuenta, y digo: «Necesito vender 30 libras de arroz para comprar zapatos, 60 para un sombrero, y 120 para un traje, total 210 libras de arroz. Pero si al ir á comprar, me encuentro con que, por las causas antedichas, los vestidos, los sombreros y los zapatos, han doblado de precio, tengo yo también que ganar el doble vendiendo más caro, porque lo que es el consumo del arroz no puedo aumentarle, y antes bien, todo consumo, hasta el del pan, disminuye mucho, con la carestía.

—Pues me parece exacto ese cálculo.

—Vaya si lo es (respondió mi tendero): es la cuenta de la vieja, pero no falla.

—Como que sería yo de opinión de que á *esa vieja* la hiciésemos ministro de Hacienda. Sobre todo lo que resulta claramente es que el ciudadano que propuso lo del durete diario sabe menos economía-política que una vieja.—Pero, diga V. vecino (añadi luego) ¿qué se harán entonces los que no quieren ya arrimar el hombro al trabajo muy satisfechos con su renta boba de *cinco pesetas* diarias? Porque si de resultas de la nivelación forzosa, todo se ha de poner enormemente caro, esos tales no tendrán para nada con la tal renta.

—A esos (dijo el mercader) les sucederá lo que le ha sucedido toda la vida de Dios al que no ha querido trabajar: venir á menos, hasta quedarse á pedir limosna. Otros, al contrario, sabrán aprovecharse, y subirán como la espuma á costa de los holgazanes, y tendremos lo que siempre: Gente acaudalada y opulenta, ricos de menos riqueza, hombres bien acomodados, gentecilla de medio pelo, pobres y hasta mendigos.

—Pues dígoles á V. que nos habremos lucido con la nivelacion socialista!

Con esto se acabó nuestra conversacion, y manifestando yo deseos de ponerla por escrito para comunicársela á Vds.; el tendero me invitó á que pasase á la pieza de adentro donde encontraria recado de escribir. Acepté el favor, y en efecto hallé todo lo necesario para hacer este articulejo en un aposento muy cómodo, porque como ya habrán Vds. notado, mi vecino, aunque así á la pata la llana, es hombre de *gran trastienda*.—Y hasta en esto le habria de ser imposible ponerse á su nivel al orador de las caballerizas.

Por ligera que parezca la antecedente demostracion, nadie podrá negar su evidencia.—Ciego, absolutamente ciego, es necesario estar por la pasion ó por la ignorancia, para no penetrarse de que el expedito juego del mecanismo social, como de todo mecanismo, estriba precisamente en la DESIGUALDAD.

Ninguna máquina se compone de piezas completamente idénticas, ni puede menos de estar sujeta á una fuerza motriz que dé el impulso.—Unas ruedas engranando en otras les comunican el movimiento, y así están todas, no en absoluta paridad, sino en mútua dependencia. Hasta *la resistencia* es necesaria para regular las fuerzas y producir el resultado.

Lo que en música se llama *armonía*, palabra que por extension se aplica con mucha razon á tantas otras cosas, no proviene de la *identidad* de sonidos, sino, al contrario, de la combinacion y relacion de sonidos diferentes. Aun así se hace monótona é insoportable cuando á ella no contribuyen voces ó instrumentos de diferente naturaleza, timbre, y diapason.—Esta es la base de toda orquesta.

De la misma manera, repito, la armonía moral, la perfección del mecanismo social se funda en la *desigualdad* más completa:

Desigualdad de caracteres, de talentos, de aptitudes, de aspiraciones, y aún de afectos,

Hasta el prototipo de toda sociedad, de toda agrupación humana, que es la unión de *un* hombre con *una* mujer, llámese matrimonio ó como se quiera, se hace irrealizable sin la diversidad expresada. Si en una pareja de éstas el hombre es afeminado ó la mujer es demasiado varonil, ó lo que llamamos un mari-macho, basta para que la unión conyugal sea subversiva, ó por mejor decir, imposible.

Pero el disparate más absurdo es el de creer que una sociedad pueda existir con perfecta nivelación de riquezas. Aun cuando artificialmente fuera dado lograr este fin, la ficticia igualdad no duraría venticuatro horas. El despilfarro de los unos, la economía de los otros, la indolencia de éste, la actividad industriosa de aquel, las inclinaciones y aficiones desiguales, la previsión y la imprevisión, la versatilidad y la perseverancia, y hasta el desprendimiento y la avaricia, éstas y otras cien mil cualidades contrapuestas, obrando en sentidos divergentes, establecerían el desnivel, no á la larga, no, sino desde el primer minuto.

Concuerdan en este punto la razón especulativa y la experiencia. Contemporánea es la historia del descubrimiento de terrenos auríferos en California: ¿y qué sucedió allí?—Al pie de la letra lo mismo que en el cuadro que toscamente dejo bosquejado á propósito de las cinco pesetas de renta uniforme. Todos iban con *igual* afán de buscar oro; todos se negaban *igualmente* á otra clase de tareas. Fue preciso, para que algunos se dedicasen á las faenas que habían de proveer á la subsistencia de todos, remunerarlos con un galardón que compensase sus esperanzas de enriquecerse de pronto como los demás. Los comestibles costaban un sentido: las malas habitaciones improvisadas en aquel desierto se pagaban más que los palacios en una ciudad populosa. Llegaba un buque á cargar oro, y no tenía cargadores, ni tripulación para el viaje de retorno, porque toda la gente de á bordo desertaba por irse á buscar el codiciado metal.—Muchos aventureros que hallaron cantidades increíbles, las disiparon allí mismo, ó se vinieron á Europa á derrocharlas, volviendo de nuevo á la pobreza.

Otros fueron asesinados y robados. Algunos tambien se aprovecharon hábilmente de su buena suerte.—Resultado final: que en San Francisco y toda la comarca aurífera se estableció pronto la misma *desigualdad* que en todas partes, sin más diferencia que la de reinar una insoportable carestía; y que, como en todas partes, los que sacaron ventaja fueron los industriosos, los más económicos, los más trabajadores, los más perseverantes.

¿Cuándo se han de poner ante los ojos del pueblo estos y otros ejemplos de tan práctica y útil enseñanza, en vez de engañarle con el ilusorio espejismo de una nivelacion imposible?

ANTONIO M. SEGOVIA.

Por la imposibilidad de subdividir los importantes artículos que preceden, nos vemos obligados á dejar para el siguiente número la seccion histórica del presente, en que debia terminarse la Memoria de los delegados franceses en el congreso internacional de Ginebra.

CRÓNICA Y VARIEDADES

LA HOJA POPULAR. Con este número de la Revista se publica el 10 de *La Hoja popular* (que repartimos gratis), de la cual recibirán dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Rogamos á todos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas populares*, las cuales les serán remitidas, gratis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion, que continuará en adelante en los periodos convenientes.

Creemos que los asociados, los suscritores, y el público en general, verán confirmados con hechos expresivos los importantes ofrecimientos de «La Defensa de la Sociedad»

Honor al Sr. Bravo Murillo en Inglaterra. «La Ilustracion de Londres» ha reproducido el excelente retrato del Sr. Bravo Murillo, que apareció en «La Ilustracion Española y Americana», lo cual es honroso para nuestros artistas y prueba sobre todo el prestigio de que gozaba en Inglaterra el malogrado y eminente publicista, cuya pérdida lloramos.

Asamblea de mujeres internacionalistas. Celebróse el domingo 17 de mayo en Barcelona la asamblea general de mujeres ocupadas en la elaboracion de camisería, lencería, sastrería, etc., las que en número considerable, segun se ha dicho, acudieron al local de la reunion.

Despues de haber hecho uso de la palabra los compañeros de la comision explicando extensamente la explotacion de que es víctima la mujer como consecuencia lógica de los vicios de que está impregnada la actual sociedad, tomó la palabra una compañera demostrando patéticamente que, al paso que la civilizacion y la emancipacion cunden de una manera rápida entre los hombres, la mujer ve pasar miserablemente su existencia en medio de un espantoso vacío. Fundándose pues en que deben salir de este letargo, y aligerar el gravámen de su explotacion física y moral, les invitó á que se acogiesen todas, fundando su respectiva seccion, á la grande Asociacion Internacional de los trabajadores, en la cual están afiliados los obreros sus hermanos.

Esplicóse despues la organizacion de nuestra Asociacion, y formóse un comité interino que activase los trabajos de organizacion y preparase una estadística ó tarifa de precios, para poder encontrar algun alivio en las actuales condiciones de trabajo.

Al levantar la sesion, dícese que se alistaron en número de 150, decididas á que su emancipacion sea una verdad.

«Adelante, obreras! de vosotras depende el que la redencion del proletariado desate más pronto y de una vez las ligaduras de la explotacion de la humanidad, y haga caer á la faz del mundo la careta de la hipocresía á los que hasta hoy en nombre de la fé los han tenido bajo sus mortíferas garras.» Esto lo dice un periódico internacionalista.
